

LITERATURA Y CUESTION NACIONAL EN PUERTO RICO

CARLOS GIL
Universidad Católica de P.R.
Guayama

El tema, por supuesto, no es nuevo. Data del origen mismo de los estados nacionales y, quién sabe, del origen mismo de la propia literatura. La discusión a que da origen el binomio literatura-nación puede ser expresada en la siguiente pregunta: ¿existe una relación vinculante entre la organización interna del arte literario y el conjunto de determinaciones concretas (la nación) de la cual surge?

Obviamente, esta pregunta conduce a otras, entre las que destaco:

1. ¿Debe la literatura ser expresión de su contexto histórico-cultural?
2. ¿Debe el literato involucrar su literatura en los asuntos concretos de su ámbito histórico?
3. ¿A qué instancia se podría apelar como principio de valorización de la obra comprometida?

A lo que nos referimos no es a una investigación determinadora de posibles marcos de soluciones a los asuntos planteados desde esa ya sospechosa "objetividad científica". Sospechosa porque desde ella tendríamos que operar una abstracción sobre toda literatura concreta, sobre todo literato concreto y toda nación concreta. Ahora no queremos ver qué tiene nuestra literatura de lo que es común a toda literatura, sino la manera en que la nuestra es expresión concreta de elementos que le hacen particular y le distinguen. Más claramente, la relación entre esos elementos concretos como instancias vinculadas de la literatura con el mundo. Nos referimos a una literatura concreta cuya pregunta fundamental es, acaso, si existe como literatura nacional y si existe la nación de que se dice ser literatura; nación no menos concreta y problemática; nación convertida en cuestión, en discusión. Esta dicotomización debemos aceptarla, pero sólo provisionalmente, pues no debe

destacarse la posibilidad de que la nación no sólo sea tema de la literatura como creación suya. De igual forma, la literatura, como literatura nacional, sería entendida como expresión de una vivencia, digamos, vicaria de la nación. En tal caso, no hablaríamos de literatura nacional, sino de literaturización de la cuestión nacional o "literogénesis" de la nación puertorriqueña. Obviando este extremo, por cuyo camino es posible que sólo lleguemos a una simple relación de reciprocidad literatura-nación, aclaremos nuestro objeto.

Nuestro objeto se encuentra en la indagación en torno a la posibilidad de una literatura no-nacional, la cual se plantea, con respecto al problema de lo nacional, como algo distinto. Literatura desvinculada, primero, de la nación en su acepción material, como conjunto de determinaciones concretas de una visión de mundo; y segundo, desvinculada de la nación en su acepción formal, en cuanto a la discusión basada en la pregunta por la existencia de una nación puertorriqueña. En el primer caso hablamos de una literatura "universalista" y en el segundo de una literatura "no-política".

La literatura universalista logra, en este contexto, convertir lo universal en tema suyo y es, quizás, su ansia de lo universal expresada como esfuerzo observable del literato lo que le caracterice de forma más rotunda. Este camino es el que recorren invariablemente todas aquellas obras que "quieren" ser obras universales; obras que son escritas para ser obras universales: el esfuerzo observable del literato, casi siempre, da al traste con la pretendida universalidad. Es esta ansia, justamente, la que ancla la obra en un marco dado y hace que resurja, como en un macábrego entretejido, el escándalo del ámbito, de lo concreto, lo determinado-determinante del contexto hecho ahora texto, ante el asombro del literato.

La literatura no-política ha tenido mucho más éxito como norma del que hace literatura que como valor literario. El esfuerzo observable del literato, que ya caracterizaba a la literatura universalista, se expresa ahora en esfuerzo por que la literatura se desembarace de toda instancia política. En un cierto sentido podríamos afirmar que, así como la literatura universalista va-en-busca, la no-política va-en-huida. La primera se afirma en el acto mismo de su afirmación de lo universal como fin que se busca; la segunda se afirma en el acto de su negación de la esfera política como el mal que se rechaza. Ahora bien, si las literaturas universalista y no-política se nos descubren con relativa facilidad, la literatura nacional se encubre bajo un ropaje del que es necesario despojarla. En efecto, de literatura nacional podemos hablar en varios sentidos:

1. como conjunto de obras literarias de una nación y suyas porque son hechas por nacionales en un territorio dado;
2. como aquella literatura que representa cierta personalidad nacional;
3. como aquella literatura cuyo tema es la exaltación de la nación y la nacionalidad;
4. como la literatura que es nacional en cuanto que la nación le es algo dado, impuesto como parte de la herencia social: literatura nacional por imposición;
5. literatura para la cual la nación es proyecto, literatura nacional por "querer".

Como puede observarse, las acepciones 3 y 5 son muy similares, aunque debemos precisar que, en el caso en que la nación es exaltada se parte de la premisa de que tal entidad existe como hecho vivido y como derecho legítimo de los nacionales. En el caso en que la nación es proyecto (5), se parte de la premisa de que la nación está aún por hacer, de manera que la obra literaria prefigura la nación como cosa dada a la literatura, pero no a la realidad real, extraliteraria. En la acepción 1, en que literatura nacional adquiere su primitivo sentido latino, que equipara lo nacional de la literatura con el

evanescente sentido de las "letras" nacionales, encontramos una definición analítica, circular, que no incrementa nuestro conocimiento, pues no predica nada de la literatura. En efecto, de acuerdo con esta acepción, la literatura nacional es la literatura hecha en una nación; repetición de un contenido necesario del sujeto gramatical, expuesto ahora como definición (A=A). Esta definición de literatura nacional posee, y he aquí lo importante, un alto contenido ideológico desde el momento en que se hace abstracción del problema de la nacionalidad en Puerto Rico, pudiéndose, como de hecho se hace, sustituir literatura nacional por literatura puertorriqueña o, simplemente, por literatura a secas. Los que sostienen esta actitud se basan en que la literatura no tiene nacionalidad y que incluso, sólo es literatura la que no la tiene. Esta actitud, tan tradicional en el ámbito cultural de Puerto Rico, no sólo se manifiesta en el campo de la literatura, sino en otros quizás más difícilmente discernibles, como la música o la filosofía. Desde este punto de vista, tampoco la buena música tiene nacionalidad y, por supuesto, la buena filosofía ni la tiene ni puede tenerla, si quiere ser buena.

Extranjería y cuestión nacional:

Un posible contorno de explicación al binomio literatura-nación, en el contexto práctico-concreto de Puerto Rico, lo hallamos en un conflicto inmanente suyo: el problema de la extranjería. Antes de indagar la definición de literatura nacional como literatura para la cual la nación es proyecto, nación por "querer", conviene que nos refiramos a lo extranjero. Caracterizado frente a la conciencia nacional y operando desde ella:

1. lo extranjero es mejor;
2. lo extranjero es mayor;
3. del extranjero viene el poder, lo extranjero es poder;
4. toda cualificación, en el orden de la perfectibilidad vienen o se obtiene "saliendo" del contexto isleño, en el extranjero;

5. el contacto con el extranjero es necesario, pues sirve como desinfectante del vaho isleño-nacional;
6. lo extranjero debe ser imitado y copiado porque es bueno;
7. lo extranjero es lo que no se parece a lo que somos.

Al hecho de que en Puerto Rico, el poder no es poder extranjero, se suma este otro, no menos grave, de que el extranjero como poderoso está introyectado como elemento funcional en la mentalidad nacional puertorriqueña. Y ello no sólo en la amplia clase media y baja, sino, y esto es lo que creo más grave, en la conciencia literaria y cultural de nuestro país. Ser culto es, desde este punto de vista, conocer lo que se hace en el extranjero, utilizando los medios extranjeros de información y, por supuesto, la información extranjera. Ser más culto aún es ir al extranjero para ser allí, donde realmente somos extranjeros, como si no lo fuéramos. Los intelectuales se sienten en su país como si fueran extranjeros y no es posible que se sienta de otra manera quien ha sido formado emocional y culturalmente desde la perspectiva extraña para la cual lo nacional es pequeño, percutido y caluroso.

Lo nacional aparece, frente a la conciencia del literato (los intelectuales puertorriqueños en general), pues:

1. como tema de una literatura culta;
2. como rechazo;
3. como afirmación.

Como tema (1), ante lo nacional la literatura no puede ocultar su asombro. La literatura, ante este nuevo objeto, descubierta en la realidad del país, en su enorme pobreza y en su particular personalidad, no puede ocultar su admiración. En tal asombro se manifiesta como una literatura típicamente extranjera hecha en el ámbito del territorio nacional.

La literatura como rechazo:

La literatura como rechazo escapa para ser universalista o no-política. En su caso también debe ser adoptada una actitud extranjera frente a lo nacional; ahora porque su negación de lo nacional le impone el modelo de lo extranjero.

La extranjería como elemento nacional de nuestra vida nacional ha llegado a permear de modo tal en nuestra vida que, sólo porque le fuera dicho por un extranjero (Zeno) y desde una perspectiva cultista, aceptará nuestra inteligencia tornar su cara a lo que era verdaderamente el país, lo que era la nación por imposición y por herencia, pero no por querer o por proyecto. Este fenómeno se manifiesta hoy por la vivencia de la nacionalidad de nuestras clases medias, concretamente, por su negación de todo aquello en que crea ver expresión de la nacionalidad. Es por ello que sólo acepta la música nacional cuando es cantada (interpretada) por un extranjero, desde la perspectiva de un extranjero que imita los giros criollos y exalta la belleza de una naturaleza absolutamente neutra, desconectada de la vivencia franca y dolorosa del abatimiento histórico del campesinado. Tal es así el caso de Croatto, a cuyo "... mire que lindo es su país, paisano ...", típico de un enajenismo claramente conectado con la derecha, se opone "...buscando un chance ..." del afirmacionismo nacional de Andrés Jiménez. Y ello de la misma manera que en el marco del pensamiento puro a los estudios sobre estética hegeliana, realizados por Tapia, se opuso hace cien años la reflexión crítica de la realidad nacional de Eugenio María de Hostos; al imaginismo imitativo de Campeche, la denuncia del realismo expresionista de Oller.

En la filosofía, dominada en nuestro país, no sólo teórica, sino administrativa y emocionalmente por extranjeros, nos encontramos en un estado de escandaloso atraso. Aquí, a pesar de los últimos intentos por fundar una

sociedad de filosofía para Puerto Rico, todavía confrontamos una escandalosa mentalidad de dependencia intelectual y emocional hacia el Viejo Mundo y el mundo de los viejos. Quien ose sugerir la discusión de temas tan acuciantes y, por lo tanto, tan auténticamente necesitados de la filosofía, como el de la filosofía educativa en nuestro país a la Asociación Puertorriqueña de Filosofía, confrontará los mismos problemas de quien intente introducir las tenazas en el mundo de las cadenas. La negación, por parte de un amplio sector de los filósofos (¡puertorriqueños!) a discutir el tema de la filosofía educativa de su país escapa a toda posible respuesta. Obviamente, este no es tema extranjero y, por ello, carece del consagrador "rango filosófico" con que tan farisaicamente encubrimos la defensa de nuestra porciúncula de acceso al aparato del poder. La injustificable ausencia de una cátedra sobre Eugenio María de Hostos, sobre pensamiento latinoamericano en el currículo de filosofía de la universidad del pueblo de Puerto Rico y su afrentoso corolario, la negación por parte de los empleados pagados por ese mismo pueblo a instaurarle, parecían sin sentidos irresolubles, como si no fuera tomado en cuenta el hecho del dominio tradicional extranjero sobre el pensamiento boricua. Dominio intelectual, una de las formas más mordaces de dominio, requeriría una descolonización mental, la descolonización verdadera.

No hay que perder de vista que, lo mismo en la literatura, la filosofía o la música, esta forma extranjera de vivir la nacionalidad cumple, de momento, varios propósitos. Primero, calma la "mala conciencia" de una clase media, por supuesto no desarraigada, pero sí desorientada y negada en cuanto a lo que es y en cuanto a la nación de la que forma parte. Digo que no desarraigada porque, justamente, es esta forma de negación de la nacionalidad lo que afirma como clase a la clase media. Clase que se afirma negándose en cuanto a su nacionalidad; que gusta, aspira y busca aquello en que le parezca encontrar lo

que cree se ha perdido. En segundo lugar, a la literatura escapista le reporta un enorme caudal temático sobre todo cuando cree que toda incursión suya en el mundo empíricamente determinado y determinante de la nación le ofrece, precisamente, el exordio de ese contexto frente al cual permanece como algo opuesto.

Literatura como afirmación

La literatura como afirmación, finalmente, despeja el camino hacia la noción de literatura nacional para la cual la nación no es sólo herencia sino querencia. Cuando definíamos la literatura nacional como aquella para la cual la nación es proyecto (opción 5) nos referíamos a la instancia que se conecta afirmativamente con su marco histórico y cultural. Para la literatura, la nación dejó de ser lo impuesto para ser lo querido, aquello a lo que se aspira y se construye y se hace porque se quiere y no se quiere perder; lo que se defiende. La literatura nacional constituye hoy el espacio natural de vida de nuestra nación; ella, en cierto sentido, es una forma de vivir la conciencia de la nacionalidad o, a caso, represente hoy la propia conciencia de esa nacionalidad. La nación, entendida como proyecto, hace que literatura se nutra del pasado para ser, por su propia virtud, prefiguración y construcción del futuro de la nación. Esta nación está tan presente en un manifiesto de Betances como en un grabado de Tufiño o una décima de Ramito.

Nuestra nacionalidad urge una valerosa defensa; uno de sus frentes de lucha está en la vida cultural del país, en su literatura de afirmación, en su música de confrontación y denuncia y en una filosofía entendida como fuente de neutralidades para la crítica. Quien quiera entrar por la indicotomizable puerta de la unión cultura-nación, que toque y se le abrirá. Ello supone que, hasta tanto los puertorriqueños seamos capaces de descolonizarnos en la literatura, en el plano cotidiano y en-el hasta ahora encubierto mundo de la

filosofía, seremos imposición para nosotros mismos. Mientras veamos nuestra nación como quien mira una postal, como la imagen en el espejo, lo otro que a nosotros nos mira, la nacionalidad está amenazada.

Mientras no seamos capaces de una afirmación de lo que somos y de lo que nuestros esfuerzos nos permitan llegar a ser, la nacionalidad será sorpresa y seremos, como pueblo, pueblo sorprendido.